



Cartas a Olga

CORRESPONDENCIA ENTRE ANTÓN CHEJOV Y OLGA KNIPPER

de Anton Chejov

Por Fermín Cabal

Me llama la atención que este libro encantador, cordial y sencillo, pero repleto de grandes enseñanzas, haya pasado casi desapercibido entre nosotros. La única edición española, que cuenta ya con diez años de existencia, es la de una pequeña editorial barcelonesa, Parsifal Ediciones, que lo presentó entonces en traducción de Sebastián Ibáñez.

La correspondencia de Chejov es una delicia. Sorprende el cuidado con el que se dirige a sus interlocutores, la claridad de sus juicios, su vigor al defender sus opiniones, y la humildad, al mismo tiempo, que consigue, casi siempre, mantener. Naturalmente, sus epistolarios con los grandes maestros rusos, especialmente con Tolstoi (la generación anterior) y Gorki (la que le sucede) son los más conocidos, y probablemente los más jugosos para un escritor, pero yo quiero recomendar especialmente este pequeño manojito de cartas donde se cruzan aspectos domésticos, íntimos, afectivos, con otros más mundanos, y que nos atañen muy de cerca como dramaturgos, pues no en vano esta adorada Olga («Mi pequeña Olya...», «corazoncito...», «mi valiente chiquilla», «mi cachorriillo...») no es otra que la gran Olga Knipper, una de las figuras del Teatro de Arte de Moscú, intérprete de muchos de los grandes personajes del teatro del gran escritor ruso, cuyo amor reconfortó sus últimos años. Un amor muchas veces a distancia, a la increíble distancia que media entre Moscú y Crimea, donde, aquejado de tuberculosis, los médicos recomendaron a Chejov que estableciera su residencia. Por eso estas cartas están llenas de ausencia, de deseos espirituales y a veces, siempre a través del humor del genial Antón, carnales («Mi pichón», «¿Cuándo te abrazaré, te besaré? Tengo unas ganas locas de verte...», «Te beso en la cara y te doy palmaditas en el trasero...», «Tu negrito»).

Y en este cruce de caminos, de esposa y actriz, saltan a veces deliciosas chispas que iluminan aspectos de la escritura chejoviana,

que han sido tradicionalmente oscurecidos por la práctica del que fuera su director habitual, Constantin Stanislavski. A menudo veremos a Chejov discrepar del enfoque del director, unas veces sobre cuestiones nimias, las cortinas de un decorado, etc., otras sobre el estilo que requieren sus piezas escénicas (Chejov insiste reiteradamente en que sus grandes creaciones, *Las tres hermanas*, *Tío Vania*, *El jardín de los Cerezos...* son comedias, y se desespera al comprobar una y otra vez que la lectura de Stanislavski las convierte en dramas de costumbres), e incluso sobre el «desentrañamiento» de este o aquel personaje, tarea en la que el maestro ruso ha sido reconocido internacionalmente.

Un ejemplo divertido de esto lo encontramos durante los ensayos de *Tío Vania*, cuando la Knipper, que interpreta a Elena, escribe: «Me siento turbada por la observación de Alexeiev (Stanislavski) sobre la última escena entre Astrov y Elena: según él, Astrov se dirige a Elena como el más apasionado de los enamorados, se aferra a sus sentimientos como un hombre que se ahoga se agarra a una brizna de paja. Según yo misma, si así fuera, Elena le seguiría y no tendría ánimo para responderle: «Qué divertido eres...» Él por el contrario le habla con el mayor cinismo y llega a reírse, de algún modo, de su propio cinismo ¿Es así o no? Responde, escritor mío, responde de inmediato...». Y Chejov no se hace de rogar. Cuatro días después, escribe indignado: «Pero no es así, ¡de ningún modo! A Astrov le gusta Elena, le encanta por su belleza, pero en el último acto ya sabe que de ello no saldrá nada, que Elena desaparece de su vida para siempre... Y en esta escena habla con ella con el mismo tono que si hablara de la canícula en África, y le besa simplemente así, por inercia. Si en esta escena Astrov actúa con ímpetu, se pierde todo el estado de ánimo del cuarto acto, tranquilo e indolente...». La Knipper ob-

Cartas a Olga

de
Anton Chejov

Edición
Parsifal Ediciones

Traducción
Sebastián Ibáñez

Primera edición
Marzo 1996

tuvo un gran éxito con su interpretación de Elena, pero después de leer estas líneas uno se pregunta, ¿Quién la dirigió realmente?

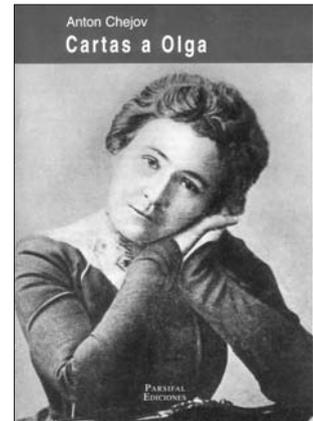
Habría que recordar que no fue Stanislawski el introductor de Chejov en el Teatro de Arte de Moscú, sino Nemirovich Danchenko, codirector y cofundador de la institución. Cuando este recomendó que se incluyera en su repertorio *La Gaviota*, una obra que había fracasado clamorosamente y que había recibido pésimas críticas, Stanislawski se opuso tajantemente: «esto es literatura, no drama», palabras tóxicas que tantas veces hemos escuchado los dramaturgos. Ciertamente es que luego rectificó con nobleza, y a lo largo de su vida se disculpó con Chejov por no haber sabido entender que en la obra fracasada estaba en germen toda una revolución estilística, a la que el propio Constantin contribuyó decisivamente.

Pero también el propio Chejov se mostró relictante a que su obra se recuperara para la escena, se dio por vencido como dramaturgo, y le dijo a Danchenko que no pensaba volver a escribir teatro. Por suerte le convencieron entre unos y otros (y quizá la contribución de la Knipper no fuera desdeñable), y tras la resurrección de su *La Gaviota* escribió una tras otra esas tres obras maestras antes mencionadas con las que revolucionó la escritura dramática de su época, que me temo que aún sigue siendo la nuestra. Un esfuerzo a veces

doloroso, como el mismo reconoce a propósito de *El jardín de los cerezos*: «¡Sí, potrillo mío, que vivan mi enorme paciencia y la tuya! La obra ya está terminada, completamente acabada, y mañana por la noche, o quizá el catorce por la mañana, será remitida a Moscú. Al mismo tiempo te enviaré algunas observaciones. Aunque hagan falta modificaciones, serán poco importantes, creo. Lo menos bueno de esta pieza teatral es que no la he escrito de una tirada, sino a lo largo de mucho tiempo, de muchísimo tiempo, y debe notarse cierta pesadez. Bueno, ya veremos».

Afortunadamente, esos temores, fruto seguramente del cansancio, no se cumplieron, y la obra *El jardín de los cerezos* supuso su mayor éxito en Rusia y en todo el mundo, hasta convertirse en un clásico del teatro contemporáneo, y una de las obras que mejor han resistido al tiempo y que hoy sigue formando parte del repertorio universal.

Pero incluso en este momento de triunfo, Chejov, siempre exigente, sintió que su obra, aclamada y reconocida, no era «exactamente» lo que aparecía sobre la escena. En la carta que reproducimos a modo de botón de muestra, una de las últimas que escribiría, fechada tres meses antes de su muerte, creo que pueden verse muchos de estos rasgos de carácter que he comentado anteriormente. Disfrutadla, que no tiene desperdicio. ■



Fragmento de *Cartas a Olga*, de Anton Chejov

Chejov a Olga Knipper-Chejov. Yalta, 10 de abril de 1904.

Mi querido pajarillo, te enfadas conmigo, estás malhumorada, pero lo cierto es que yo no soy culpable. Me parece que en modo alguno hablé con Macha de Tsaritzino, no sé nada de este asunto. He conocido a Martinov, de quien tu me habías hablado; pero él solo ha estado en Tsaritzino un invierno, por lo que solamente puede opinar sobre el verano por las cosas que ha oído; además, y no sé por qué, no me ha gustado, me ha parecido flojo. Me he acordado de que hace unos diez o doce años Sirov, de *El Boletín Ruso*, quiso venderme esta misma dacha. Y, por decirlo todo, entendí que serías tú, principalmente, quien se ocuparía de este asunto de la dacha, y no yo. Lo que pasa es que para estos asuntos valgo menos que nada.

¿Por qué se obstinan de tal modo en decir en los carteles y en los anuncios de los periódicos que mi obra es un drama? Decididamente Nemirovich y Alexeiev no ven en mi obra lo que yo he puesto en ella, y apostarían lo que fuera a que ni el uno ni el otro la han leído con atención ni una sola vez. Discúlpame, pero estoy seguro de ello. Y no pienso solamente en los decorados del tercer acto,

tan horribles, ni solo en Jaliutina, reemplazada por Adurskaia, que ha hecho exactamente lo mismo y, decididamente, nada de lo que está escrito en mi obra...

El tiempo es cálido, pero a la sombra hace fresco y los atardeceres son sombríos. Me paseo perezosamente, pues, no sé por qué, estoy flojo. Aquí en Yalta una compañía de paso pone en escena *El jardín de los cerezos*.

Estoy a la espera y ardo en deseos de verte, alegría de mi vida. Sin ti vivo como un don nadie; el día ha pasado, alabado sea Dios... sin pensamientos, sin deseo, sencillamente con una combinación de paciencia y paseos. Hace ya mucho tiempo que no he estado en los baños, seis años, me parece. Leo todos los periódicos, incluso *El Mensajero Gubernamental*.

En cuanto llegues a Petersburgo escríbeme, por favor. No me olvides; piensa de vez en cuando en el individuo con quien te casaste un día. Te rasco la espalda, tu pequeño trasero y tu cuellicito y te abrazo, corazoncito mío.

Tu don nadie